

## Biotecnología, cuerpo y destino

### Carne picada

Flavia Costa y Christian Ferrer

La metamorfosis ha sido, desde siempre, condición de existencia de los actos y los lenguajes de los seres humanos. “Metamorfosis” significa apertura expectante al mundo tanto como transformación que brota íntimamente. Las mutaciones de esas enormes crisálidas han sido tan incontables y constantes que escasísimos fósiles –si alguno– han quedado como testimonio de los comienzos del proceso. Pero entre tanta órbita y desórbita algo había restado inmutable: el cuerpo, biológicamente considerado, era hasta hace muy pocos años un museo de sí mismo, un homenaje viviente a la lenta y cuidadosa maceración de un acontecimiento que algunos llaman evolución y otros, creación. Fueron necesarios millones de años para dar forma a los cuerpos de macho y de hembra, y quizás se hubieran necesitado cientos de miles más para que acontecieran mínimas aunque significativas modificaciones en sus proporciones. Tal es el misterioso vínculo entre tiempo y naturaleza. De lo que en su interior encerraba el frágil recipiente de carne mucho se ha imaginado y especulado, y los restos de esa cosecha del conocimiento sobreviven en teodiceas, en tratados filosóficos o simplemente en condensaciones conceptuales del lenguaje en común: chispa divina, alma, espíritu, razón, sinrazón, deseo, psiquis, violencia, fe, voluntad, amor. De estas palabras, breves alianzas helicoidales de interrogante y esperanza, se nutre la sustancia de la memoria colectiva.

Con cierta ansia repentina, un nuevo concepto se agrega y hasta se postula como posdata que clausuraría la lista: “código genético”. La aparente asepsia científica de estas dos palabras no queda contenida en el pequeño mundo de investigadores y académicos. Por el contrario, todas las instituciones fundamentales de la actualidad (medios de comunicación, laboratorios científicos, oficinas gubernamentales, empresas dedicadas a la experimentación farmacéutica y biológica, reparticiones específicas de los ejércitos más poderosos, sin exceptuar al mercado de la belleza quirúrgicamente garantizada y a la industria pornográfica) han comenzado a orientarse según las promesas del cuerpo rehecho a imagen y semejanza de las posibilidades que la técnica habilita hoy en día, o bien confía en hacerlo en años próximos. Estas potencias están dando forma al mundo y tanto fomentan ideas descabelladas como estimulan el consumo de consuelos cuya fiabilidad es aún precaria. No es un hecho menor que en las últimas dos décadas esta orientación de época haya sido movilizad

cirugía plástica y la fabricación y lanzamiento de medicamentos antidepresivos, sendos signos de los tiempos que corren. El alquimista contemporáneo justifica su experimento por medio de argumentos humanistas, hedonistas o piadosos: la cura de enfermedades, el pronóstico de malformaciones genéticas, el bienestar subjetivo. Pero desde muy antiguo se sabe que las píldoras del mal vienen revestidas de oropel. Consecuentemente, pero girando sobre el mismo eje, el rechazo a los tejemanajes de los aprendices de brujos proviene de tradiciones conservadoras. En ambos casos, el recurso a los lemas del humanismo dificulta la visión de la frontera que estamos cruzando, quizás para siempre.

Las amenazas suscitadas por la experimentación biotecnológica repelen a grupos religiosos y tradicionalistas y también a los intelectuales macerados en la escuela del humanismo. Pero la argumentación moralista circulante resulta ser defensiva y carente de robustez, y justamente por ello repica en la actualidad como el rumor alarmista de la retaguardia de un ejército cuya vanguardia ya ha sido destrozada. La meditación sobre la cuestión es tarea a contracorriente justamente porque la imaginación colectiva anhela abandonar una piel que se ajusta malamente a las nuevas necesidades acuciadas por la misma matriz técnica que inventa y distribuye las prótesis de recambio. En el malestar con nuestro legado biológico podemos oír un clamor de redención. Sin embargo, nunca estamos más ajenos a nuestros cuerpos que cuando necesitamos que se intervenga sobre ellos desde su exterioridad. Inquietantemente, al relevar a los grupos específicos de la población humana que desde hace tiempo se han convertido en campo de pruebas se descubre que esto viene ocurriendo desde la época en que se instalaban laboratorios de experimentación biológica en las fábricas de la muerte de Europa y en Manchuria. Actualmente, la división internacional de tareas otorga al Primer Mundo el trabajo intelectual de desarrollar las ideas y los apliques, mientras el Tercero provee las masas poblacionales sobre las cuales se testean productos aún riesgosos para el mercado de consumo del norte, del plaguicida al implante de siliconas. Vale recordar que a los cobayos de laboratorio se les solía llamar “de indias”. Antes eran presidiarios o voluntarios, hoy son condenados de la tierra a los que se provee de medicamentos en estado de experimentación o bien desinformados y encandilados a los que se ofrece la farmacopea de la felicidad. La modernidad entera ha tomado a la “vida” como problema estratégico de conocimiento y control, desde la psicología a la eugenesia. Ha llegado el tiempo en que se le exige al cuerpo una mayor cuota de usura.

Que las políticas de experimentación biológica hayan tomado a las mujeres como blanco no es sorpresa. La evolución de la condición femenina contemporánea no corrió únicamente sobre un cauce libertario, también sometió a las mujeres a intensas tormentas emocionales para cuya administración nadie podía estar pertrechado. Consecuentemente, las industrias de la vida operan sobre acontecimientos subjetivos emergidos al rescoldo de la revolución sexual del último medio siglo, del subsiguiente estallido del mercado del deseo, y de la necesaria contención “técnica” de las frustraciones causadas. En tanto la antigua “dignidad de madre” no encuentra un sustituto equivalente, cientos de miles de mujeres devienen prototipos experimentales. Pronto llega el turno del personal

masculino. También ellos exhibirán rápidamente los rostros de una calamidad subjetiva. Esta gigantesca “industria de la vida” evoluciona en un contexto ideológico y moral en el que los valores más significativos están asociados con la pura exterioridad. Nadie busca en el cuerpo el misterio de la bondad o de la honestidad, sino el de la gordura o de la impotencia. Lujuria por el saber, vanidad pública y afán de lucro encajan uno en otro, pero no dejan de ser apenas epifenómenos de fuerzas históricas más potentes.

Aunque científicos y periodistas recitan cuentos de ciencia-ficción todos los días, la evidencia indica una notable falta de imaginación ética. No sólo falta de imaginación acerca del futuro, sino fundamentalmente imaginación acerca del presente. Lo que las imágenes mediáticas y la publicidad nos devuelven como nuestro “presente” no es analizado de manera descarnada. La pasión por los porvenires fantasiosos (la posibilidad de que la selección genética de la descendencia se convierta en un hecho cotidiano o la celebración del advenimiento de un hombre “transhumano” bioquímico y/o electrónico), oculta el hecho de que ya experimentamos una era de inconmensurable ampliación del campo de lo posible-técnico en todas las direcciones imaginables, y en cuyo subtexto la idea de “muerte natural” está casi expulsada de la gramática. Las decisiones políticas, científicas y ontológicas que se están tomando a fin de posibilitar una forma de vida que exige el olvido de la historia y de las deliberaciones éticas imprescindibles, acentúan la feracidad del nihilismo, esponja insaciable e impávida que absorbe y elimina los rastros de sensibilidad y memoria no orientados por la matriz técnica. Lo que se decida en alambiques de clonación necesariamente supondrá el corte final del cordón umbilical con la naturaleza y con la asunción de que la historia de la existencia no es más, ni menos, que una hazaña subjetiva, un proceso lento, difícil, delicado, penoso muchas veces y amoroso tantas otras. Al desear el empaquetamiento de la vida “al vacío” ya no somos capaces de asombrarnos de que algo tan extraño como el cuerpo humano haya sucedido.

Un pensamiento sobre el destino del cuerpo humano en la era de la investigación biotecnológica no debe ser autocomplaciente consigo mismo ni resguardarse en recetas humanistas que remiten la solución del problema a la jurisprudencia o al control estatal de los laboratorios. Pensar descarnadamente la actualidad supone tanto percibir la continuidad histórica de las ideas y proyectos de perfectibilidad técnica de la vida como recordar que la vida se define por su inesperabilidad y que las prácticas de modificación de la naturaleza exigen una respuesta política y ética. Publicamos estas meditaciones mientras vemos aumentar la tendencia a cortar radicalmente nuestro último y original vínculo con el reino animal, justamente cuando la extinción de los grandes mamíferos ya tiene fecha programada.